

EL FOLLETIN.

Revista semanal de ciencias, literatura, teatros, etc..

BAJO LA DIRECCION

DE D. JOSÉ C. BRUNA.

Colaboradores:

EN MÁLAGA: Ugarte-Barrientos (Srta. D.^a Josefa.)—Fernandez del Castillo (D. Antonio.)—Frauquelo (D. Carlos.)—Frauquelo y Martinez (D. Ramon.)—Gimenez Plaza (D. José.)—Guardia (D. Ricardo de la)—Guillen Robles (D. Francisco.)—Muñoz (D. Atenodoro.)—Paz (D. Abdon de)

EN SEVILLA: Caballero (Fernan.)

Colaboradores:

EN MADRID: Ascensi (Srta. D.^a Julia de)—Gimeno (Srta. D.^a Concepcion.)—Ascensi (D. Tomas de)—Frontaura (D. Carlos.)—Lasso de la Vega (D. Angel.)—Sanchez Pesquera (D. Miguel.)—Simonet (D. F. Javier.)—Truaba (D. Antonio de)—Viedma (D. Juan A. de)—Vieyra de Abreu (D. Carlos.)

EN GRANADA: Jerez Porché (D. Augusto.)

Núm. 45.

Se publica todos los Domingos.

Málaga 1.º de Noviembre de 1874.

No se devuelven los originales.

4.ª época.

SUMARIO.

Advertencia.—*El día de los muertos*, poesía por D. José C. Bruna.—*El cementerio de Paris*, por Fernan Caballero.—*Consideraciones sobre la revolucion de las Comunidades de Castilla*, por Abdon de Paz, (Continuacion.)—*En el cementerio*, por D. Carlos Vieyra de Abreu.—*Salones*: (Visitas de alfileres.—Resentimientos sociales.—Bailes sui generis.—Libertad de recibir.—Reunion en casa de la señora de Disdier.—Presentacion de una señora extranjera.—Grave disgusto entre dos señores.—No corrió sangre.) por la Direccion.—*D. Juan Tenorio*, por la Direccion.—*Apuntes teatrales*, por A. Z.—UN POCO DE TODO: Figuras de cera.—Teatro Principal.—La estatua de la Justicia.—PASATIEMPOS: Soluciones.—Charadas.—Tablero de damas.—*Correspondencia*.

AVERTENCIA.

La aglomeracion de originales de actualidad nos impide continuar hoy la caprichosa leyenda china que estamos publicando.

La siempre atentísima Fernan Caballero acaba de favorecernos con el sentido artículo que reproducimos, titulado *El Cementerio de Paris*, escrito cuando dicha eminente autora se hallaba en la capital de Francia. Le damos las mas espresivas gracias por tan delicado recuerdo.

Damos tambien las gracias al ilustrado director del bien acogido semanario *La Lira Española*, que vé la luz en Madrid, por el artículo fantástico titulado *El Cementerio*, escrito espresamente para EL FOLLETIN.

EL DIA DE LOS MUERTOS.

La campana, con lúgubre sonido, recuerda á los que son otros, que han sido, y su eco débil que en el aire zumba elevándose á Dios en tardo vuelo, parece voz que sale de la tumba, alma, parece, que se eleva al cielo. Cierre el amor su cáliz de placeres; ábrase el corazon á la plegaria; y los humanos séres á quienes aun la losa funeraria con su frialdad eterna no ha cubierto, rueguen por lo que fueron en su día; que hoy el menor destello de alegría reflejo es de un corazon que ha muerto. Pedid á Dios con espontáneo llanto por los que gozan de la eterna calma; mas no regueis con él el Campo-Santo sino brota del alma. Y, ni aun así, las fuentes de los ojos vivifican el ser que ya no existe; pues son los cuerpos míseros despojos con que, inmortal, el alma se reviste. Y pues lejos de allí las almas moran de Dios sugetas al poder eterno, á Dios deben pedirle los que lloran. Y Dios, mas que el dolor y llanto esterno quiere escuchar la voz de corazones la cual espresa, sin hablar, la pena. Y ellos, en misteriosos eslabones, invisible cadena forman, que une la súplica al consuelo; el hombre á Dios; la tierra con el cielo.

José C. Bruna.

1874.

EL CEMENTERIO DE PARÍS.

Una de las muchas ventajas de la vida material que proporciona París, es la de disfrutar sin gran dispendio de un excelente y exacto peluquero diario, y á hora fija.

Estos señores que son muy hábiles en su profesion, tienen además muy buenas maneras y muy buena conversacion. Cuando emprenden esta con forasteros, es, como puede inferirse, para celebrar á su París; que admiran fanáticamente, y encomian con entusiasmo y exaltacion.

Todos los dias me preguntaba el nuestro, durante su faena, lo que habiamos visto en el dia anterior, para gozarse en las impresiones de admiracion que nos habia causado, y lo que pensábamos ir á ver en aquel, con el fin de enumerar todas las bellezas de las cosas que íbamos á examinar, y que ninguna se nos pasase por alto.

—¿Dónde piensan los señores ir hoy? Me preguntó antes de ayer.

Al *Père La Chaise*—(1), contesté.

—¡Ah! Esclamó entusiasmado, entonces van á ver los señores el primer cementerio del mundo; un parque admirable; el mas ameno jardin de los muertos; una maravilla.

Como se vé, los parisienses están en extremo ufanos con su cementerio.

Antes de llegar á él se pasa por una larga hilera de calles de lápidas y otros objetos de mármol destinados al ornato de los sepulcros, y otra de puestos en que se venden coronas de eternas (2). Muchas de estas florecitas que han debido su nombre á su duracion, y que son amarillas, están teñidas de negro: estas me causaban el mismo efecto que esos niños chiquitos que llevan en brazos, vestidos con el luto de una pena que ni comprenden ni sienten.

Al traspasar la verja de hierro que dá entrada al vasto recinto, en el que sin citarse se reúnen todos, el terreno se vá elevando gradualmente. En el promedio del Padre la Chaise, hay una pequeña capilla. Desde aquel lugar se disfruta una hermosa vista de París. Forma un conmovedor contraste el contemplar aquel centro de la vida, del movimiento y del ruido, desde aquel otro que lo es de la muerte, del silencio y de la inamovilidad; ¡Qué angustia, qué solemne, qué amonestadora es la muerte cuando la consideramos como cristianos! ¡Cuán horrible y repugnante, y cómo rebaja nuestro ser, cuando la consideramos como ateos!

La inmensa área cubierta de sepulturas que veía, no se puede calificar, como lo hacen muchos, de parque, aun prescindiendo de la significacion moral de recreo que encierra esa denominacion, sino tambien porque en su parte material no es sino un vistoso laberinto de apiñados, variados y costosos mausoleos y tumbas mezcladas con pequeños cipreses y flores con poca variada monotonia. No es tam-

poco propiamente lo que llamamos un cementerio, sino el dominio de las artes con destino al recuerdo de los méritos, glorias y hechos de los que allí yacen; su objeto, aunque laudable, es mundano; y lejos de ser, como debe serlo todo cementerio, el humilladero de la soberbia del hombre, es su apo-teosis.

En la cima de la colina se alza el magnífico sepulcro del general Foix. A su espalda el de la condesa rusa Demidoff, suntuoso mausoleo de mármol de inmenso costo. Lo son igualmente todos los de los mariscales del imperio, varios ostentando las estatuas de sus dueños, los unos hablando en la tribuna, otros con la espada en la mano. No ví estatua ninguna del que representaba, muerto y con las manos cruzadas en actitud de presentarse en el supremo tribunal, á escepcion de los antiguos sepulcros de Abelardo y Eloisa allí traidos; todo recordando la vida; nada recordando la muerte.

Han trasladado allí las sepulturas mas modernas de Molière y la Fontaine, que encierra una misma verja de hierro.

Sobre el sepulcro de mármol de este último hay por emblema, epitafio ó memento, ¿qué creerás tú? ¿La cruz, la calavera, las R. I. P. del cristiano, ó el famoso S. T. T. L. romano? Nada de eso. Hay... una zorrita, de manera que parece el enterramiento del mismo *Maitre Renard*. Esto, en lugar tan austero, es una candorosa sencillez que sobrepuja á todas aquellas con las que este escritor ha sabido hacer tan admirables sus amenos escritos.

Véanse los sepulcros de Boieldieu, Bellini, Méhul, Harold, y sobre este último una lira con las cuerdas rotas. Ví tambien un monte pequenito formado con ligeras rocas artificiales en cuya cúspide se alzaban dos pequeños maderos; y pensando que formaban una cruz santa, dirigi con preferencia mis pasos allí; pero no era lo que me habia parecido, sino un telégrafo lilliputiense, que segun su objeto y su mision, participaba que yacia allí su inventor Chappe.

Sobre todos estos fastuosos monumentos se levanta una enorme pirámide, tan alta como la columna de la plaza de Vendome, pero no para sostener como aquella á un emperador, sino una estrella dorada, atinado emblema del que cubre aquel sepulcro suntuoso, *Creso improvisado*, que segun se dice hizo su caudal en la *Bande-noire* de los *Démollisseurs*; esto es, de los que en tiempo de la revolucion compraban conventos é iglesias que destruian para vender los ricos materiales y objetos de valor que encerraban.

No me parece que deberia haber nada de profano en lo que define nuestra bella expresion vulgar con el nombre de *Campo-Santo*, á cuya entrada deberia hallarse el solemne y religioso «Memento, homo, quia pulvis est, et in pulverem reverteris.» Los monumentos levantados á los grandes hombres y génius, esos bellos tributos del aprecio y gratitud de los pueblos, yo no los erigiria en el lugar en que yacen sus cadáveres; en un cementerio en el que todo debe recordar la muerte y solo la muerte.

Pero en este, como ya he observado, todo recuerda la vida.

En afirmacion de lo espuesto, dicese pero no puedo afirmarlo, porque no lo he visto, que existe en el citado cementerio un epitafio concebido en estos términos:

(1) Sábese que este es el nombre que há conservado el cementerio fundado por el sacerdote de este nombre, que fué confesor de Luis XIV.

(2) Las eternas que aquí se conocen con ese nombre son encarnadas, mucho mayores y de menos duracion.

«Aquí yace X.—Excelente hijo, excelente padre, excelente esposo, excelente ciudadano, de todos muy sentido, en particular de su inconsolable viuda, que sigue al frente de su acreditada sombrerería, calle tal, número tal.»

Al retirarnos, el guarda, que con su casaca de terciopelo negro, su placa de plata y una banda ceñida al brazo nos había hecho los honores de aquel inmenso panteón, me preguntó ufano si no era aquel el cementerio mas magnífico del orbe.

Lo es, respondí; y tanto, que si yo hubiera podido influir en la eleccion de los nombres que llevan los sitios públicos de París, habría trocado el que lleva este lugar elevado, alegre y lleno de curiosidades artísticas, con el que lleva el paseo algo triste y cercano al Sena, de Campos Eliseos.

El guarda quedó muy satisfecho y lisonjeado con mi respuesta; pero no así un caballero francés amigo nuestro que nos acompañaba, el cual me preguntó qué era lo que me movía á decir eso.

Le contesté:—Es, el que despues de haber recorrido 122 fanegas de tierra cubiertas de sepulturas, no hallo en mi temple la grave, austera y religiosa impresion que es la analoga y obligatoria en el vivo que visita la mansion de los muertos.

Estoy admirado, sin duda, de tanta riqueza y de tanta joya artística; pero esta aristocracia llevada *ultra-tumba* conmueve menos el corazon que una sencilla cruz de madera, cruz que nos valio y promete la redencion; y mas que todos los epitafios laudatorios y emblemas, me impresionan estas breves palabras: *rogad por su alma*, que nos dá la consoladora conviccion de la eficacia de los sufragos.

—¿Pues cabe de parte de los vivos para honrar la memoria de sus allegados, añadió, mas fausto y mas grandeza?

—Cabalmente, contesté, es esto lo que no me satisface, porque el fausto y la muerte son lo mas contrapuesto que hallan, así el cristiano como el filósofo; el fausto en un sepulcro es el mas completo triunfo de la frivolidad humana. Pero note V. que no lo motejo en los *individuos*, que una vez establecida la costumbre la siguen, sino la *costumbre* que lo ha sancionado. La igualdad, no la material y soberbia, sino la moral y humilde, donde tiene su mas práctica aplicacion es en ese *Campo-Santo*, que rechaza de sí todo lo profano.

—¿Qué forma, pues, repuso mi interlocutor, parece á V. mas apropiada al último asilo de los que hemos amado? ¿Piensa V., añadió con ironía, que se deberían enterrar los cadáveres en las iglesias como antes se hacia?

No, señor, le contesté. Los reformadores al vapor se figuran que los que no caminan á su manera se quedan parados, lo cual es inexacto y nunca ha sucedido.

Cuando habia innumerables iglesias y las poblaciones eran cortas, podia hacerse una cosa que hoy dia seria irrealizable. Pero mas adecuados á su objeto me parecen los cementerios de España, sobre todo uno que he visto cercano al mar. Era un inmenso cuadrado formado en medio de anchos muros, que cual avisperos estaban llenos de nichos todos iguales, en los que, al lado unos de otros se embutian los féretros, y que despues se cubrian con una losa de mármol blanco, que grabado con caracteres negros, llevaba el nombre de la persona fina-

da, la fecha de su muerte y la santa jaculatoria:

Eterna paz dále, Señor.

El suelo de este inmenso cuadrado era de arena, que es suelo muerto, estéril, inerte, propio de aquel lugar; y que no dejaba vejetar planta alguna, ni aún el austero y triste ciprés, que parece probar que aun las plantas se diferencian entre sí, teniendo cada cual su índole y su carácter. En medio de este cuadrado habia una capilla, y en ésta una cruz con el Señor agonizando en ella y muriendo al pronunciar la mas elemente de las palabras que pronunciaron sus elementos lábios.

¡Padre, perdónalos!

Este descrito lugar, proseguí, me parece la exacta y cumplida espresion de religion y de gravedad solemne y tranquila, adecuada, no al *jardin de los muertos*, sino al *Campo-Santo*, al que el cristiano confia los restos mortales de las personas que amó.

Al dia siguiente, lo primero que me preguntó lleno de vanagloria el peluquero fué si me habia parecido bien el Père La Chaise.

—No; contesté.

—¿Cómo! exclamó asombrado; ¿no ha admirado á usted?

Guardé el mismo silencio, porque no atinaba qué contestarle.

—¿Ah! ya caigo, añadió despues de un rato de reflexion; el Padre La Chaise no ha agradado ni llenado á V. porque es un cementerio.

—Al contrario, repuse; á pesar de sus bellezas no me ha llenado, porque no me lo ha parecido.

Fernan-Caballero.

EN EL CEMENTERIO.

Era una tarde de primavera, el sol ocultaba su disco de oro en las regiones del ocaso, los pájaros fugitivos daban con su cancion la despedida al dia, las flores que horas antes se mecian al impulso de la brisa llenas de fragancias, se desprendian marchitas de su tallo hoja á hoja, como se desprenden las ilusiones de nuestro corazon. Las nubes se estendian silenciosas por el firmamento y en breve las sombras de la noche envolverian al mundo en su sudario.

Solo... digo mal, acompañado de mis recuerdos, buscando un parage solitario donde hallar la calma perdida en la batalla de la existencia, me alejaba de la poblacion y de los vanos y fugaces placeres con que me brindaba una sociedad corrompida por el inmundo cieno de la ambicion y el positivismo. Hasta mi oido llegaba aun el rumor del pueblo, que ébrio de gozo, festejaba un acontecimiento social, sin pensar que la traicion volveria á arrojar nuevas cadenas á su cuello muy en breve... Apresuré el paso y ya á alguna distancia, solo escuché la campana de un cementerio que lanzaba sus melancólicas vibraciones al aire; entonces alejé el pensamiento de lo mundano para fijarlo en lo divino, olvidé el presente y recordé el porvenir. Penetré en la mansion de los muertos, ese asilo que se eleva silencioso y que nos inspira tan santa veneracion. Allí terminan los infortunios del pobre y las ambi-

ciones del rico, allí todos somos iguales, la muerte es democrática, para ella no hay clases.

Atravesé las sombrías bóvedas, y me senté cansado, mas mi espíritu que mi cuerpo, enfrente del nicho de un ser querido de mi perecedera memoria.

—¡Ahí está! exclamé con débil voz; la muerte la arrebató de mis brazos, pero no osó ni osará arrebatárla de mi corazón. Ahí está su cadáver envuelto en una blanca túnica de gasa; ya no existe en sus ojos el fuego que abrasaba mi alma, ni en sus labios de rosa la encantadora sonrisa que labraba mi felicidad, ni sus cabellos que yo besaba con delirio, ni su mano de nieve que estrechaba amoroso entre las mías, pero ahí se conservan sus restos, restos de mi felicidad. Su alma estará en los cielos, no lo dudo, pero si no temiera ofender á Dios diría que la siento dentro de mi ser; mi corazón late con una violencia extraña, algo hay que conmueve todas sus fibras, y este algo no puede ser mas que su espíritu que me alienta y me dá valor para resistir las alternativas de esa diosa inconstante que se llama fortuna.

¿Porqué la muerte, dulce amada mía, cortó tan pronto el hilo de tu preciosa existencia sumiéndome en un mar de amargura? Yo hubiera preferido morir, morir contigo y encerrados en un mismo panteón, estar estrechados eternamente, gozar unidos ese sueño del que no despertamos en la tierra mientras que nuestras almas desprendiéndose de la mezquina cárcel del cuerpo gozaban de un mundo de felicidad digno de tu belleza y de tu alma, pura como la gota de rocío que desciende al caliz de la flor.

Incliné la cabeza y el sueño estendió sobre mi sus vaporosas alas, tuve un delirio, pero un delirio muy hermoso, sentí que mi amada abandonaba su tumba y que se aproximaba á mí, unía sus labios frios á mi frente, depositaba en ella un beso y despues murmuraba á mi oído estas dulces palabras.

—Enjuga tu llanto, soy feliz porque soy libre, libre de los deberes que nos encadenan á una sociedad constantemente entregada en brazos de la bacanal del vicio, libre de las amarguras de ese desierto cuyos abrojos hieren nuestras plantas, y en el cual el huracan arranca del corazón sus más queridas ilusiones. Ven, amor mio, yo te aguardo, deja esa vida de miserias, abandona esa cárcel de angustias ó duelo, que esa vida no es la que debe anhelar toda alma que sienta lo que la tuya. Ven, Dios te espera para premiar en el cielo nuestra constancia en la tierra, y en ese paraíso donde Él mora, te aguarda la verdadera felicidad, la felicidad que nunca muere. Enjuga tu llanto, soy feliz porque soy libre.

Cuando desperté ya empezaba el crepúsculo de la mañana á dibujarse en el horizonte sin embargo aun era de noche; la luz de la lámpara que ardía frente al nicho que encerraba á la muger querida, estaba próxima á extinguirse; oscilaba, y se escuchaba su chisporroteo.

Yo me alejé del cementerio despues de lanzar un suspiro, mi amada me llamaba y yo queria por momentos ser libre como ella y como ella feliz.

Atravesé las calles de la población que estaban solitarias; el pueblo dormía; el pueblo despierta raras veces; busqué mi casa, penetré en ella y trasladé al papel estas impresiones, hojas del libro de mi vida que el tiempo no borrará jamás.

Madrid, 1874.

Carlos Diepra de Abreu.

CONSIDERACIONES SOBRE LA REVOLUCION

DE LAS

COMUNIDADES DE CASTILLA,

POR

ABDON DE PAZ.

(CONTINUACION).

Toledo y Madrid, en vista de que el peligro de Segovia era comun á toda Castilla, levantaron, como otras ciudades, gente de armas en su socorro. Juan de Padilla, con dos mil infantes y doscientos caballos, y Juan Zapata, con cincuenta ginetes y cuatrocientos peones, se encaminaron al Espinar; y, unidos á Juan Bravo, se dirigieron á Santa Maria de Nieva en seguimiento de Ronquillo hasta ponerle en vergonzosa huida.

Noticiosos el regente y los del Consejo de la salida de los capitanes comuneros, y empeñados tenazmente en el castigo de la ciudad rebelde, mandaron á Antonio de Fonseca, nombrado por Carlos capitan general del reino, que con la gente posible fuera á unirse á Ronquillo, y ambos sacaran de Medina del Campo la artillería que allí se custodiaba; lo cual, sabido por Segovia, dió lugar á que esta escribiera á su hermana con fecha 17 de agosto de 1520, encareciéndole la más formidable resistencia.

El 21 de agosto se presentó Fonseca ante Medina. El ataque fué brusco; la resistencia heroica. Fonseca, impotente por las armas, acudió á la estratagemata, y el incendio más horroroso se apoderó de la población, que en tan solemnes horas hubo de evocar el recuerdo de Sagunto, Astapa y Numancia. Al grito de *libertad* niños y viejos, hombres y mujeres, iluminados por el resplandor de más de novecientos edificios incendiados, acrecentaron la carnicería del combate; las calles se convirtieron en lagos de sangre, interceptados solamente por los escombros de los edificios ó los cuerpos de los cadáveres; infinidad de medineses ciñeron sus sienes con la corona del martirio; y, en tanto que sus espíritus sagrados entonaban el himno celestial de la victoria, Fonseca y Ronquillo contemplaban desde lejos, avergonzados de la derrota de sus huestes, el humo de las llamas, que en grandes espirales levantábase al cielo, cual si pretendiera llegar hasta Dios para clamar justa venganza.

IV.

Apogeo revolucionario.

Inmediatamente que se supo la catástrofe de Medina se apresuraron las ciudades á enviarle el pésame por su desgracia, al propio tiempo que la enhorabuena por su triunfo, distinguiéndose entre todas Segovia, por cuya salvación Medina se había sacrificado. Valladolid, donde el gobierno imperial se había instalado, lanzóse á su vez tan abiertamente á la revolución que los sublevados, en número de seis mil, incendiaron la casa de Fonseca y la del procurador á cortes, juntamente con las de otros muchos regidores firmantes del servicio. Con cuyas demostraciones convencidos los del Consejo de que lo más prudente era no oponer resistencia, disolvieron las tropas del general imperialista, el cual.

en compañía del feroz Ronquillo, huyó á Flandes en busca de don Carlos.

Toledo, que desde el principio al fin habia de representar el primer papel en este drama, escribió nuevamente á las ciudades con objeto de que, puestas sobre las armas, tratasen de enviar sus diputados á un punto para organizar acertadamente el movimiento. A cuyo efecto convocóse en Avila la *Santa Junta*, asamblea tan numerosa que en ella vieron reunidos los próceres de Toledo, Avila, Búrgos, Ciudad-Rodrigo, Cuenca, Guadalajara, Leon, Madrid, Murcia, Salamanca, Segovia, Soria, Toro, Valladolid y Zamora, y tan nacional que en ella se encontraron representadas todas las clases sociales de España, la aristocracia por caballeros tan nobles como los Fajardos, Ulloas, Maldonados y Ayalas, el clero por los priores de las órdenes, canónigos y abades, las ciencias y las letras por multitud de doctores y por sinnúmero de plebeyos el elemento democrático.

Nombrado presidente ¡ojalá nunca se le nombrara! el caballero toledano Pedro Lasso de la Vega, y caudillo de las tropas Juan de Padilla, jóven de 30 años, natural tambien de Toledo, de noble linaje y agraciado por Carlos con el título de capitán de gente de armas en 1518; constituyóse la *Santa Junta* en autoridad superior, declarando caduca la de Adriano, el cual, en su calidad de extranjero, no podía gobernar con arreglo á las leyes castellanas.

Padilla, que con Bravo y Zapata, luego de ahuyentar á Ronquillo, habiase dirigido á Medina el mismo día del levantamiento de Valladolid (29 de agosto), pasó á Tordesillas á primeros de setiembre. Dueño de la villa, se presentó á la reina madre, quince años hacia encerrada en aquel retiro; le pintó con negros colores los males que aquejaban al reino; le manifestó que el levantamiento de Castilla, lejos de ser perjudicial, era la única salvacion de España, presa de los audaces flamencos; y, como si la Providencia quisiera cooperar directamente al triunfo nacional, recobró de tal modo la reina loca el juicio que, profundamente conmovida, gozosa de declararse en defensa de la causa del pueblo, dió al jefe toledano el nombramiento de capitán general, á la vez que el consentimiento de que la Junta de Avila se trasladara á Tordesillas.

El triunfo era seguro. La llama revolucionaria habia incendiado las ciudades todas de Castilla; en Extremadura y Valencia, aunque con distinto carácter, dejábase sentir tambien, como hemos dicho, el movimiento, prolongado igualmente hasta Mallorca; el rey se hallaba ausente; las tropas imperiales habian sido batidas y disueltas; Fonseca y Ronquillo, sus caudillos, huidos á Flandes; el regente habia desaparecido sin saberse de su existencia; y los del Consejo, unos se encontraban ocultos, fugitivos los mas y otros presos en Tordesillas, todos sin autoridad, dinero, ni ejército. Los populares, por el contrario, concentraban de día en día con mayor entusiasmo sus fuerzas; organizábanse debidamente con los acuerdos de la *Santa Junta*, autorizados con la estampa del sello real, del que Padilla se habia apoderado en Valladolid; contaban con el apoyo de la reina madre; y hasta tenian en su favor la proteccion de la nobleza.

La revolucion de las Comunidades habia llegado á su apojeo.

(Continuará.)

SALONES.

(*Visitas de alfileres.—Resentimientos sociales.—Bailes «suí generis».—Libertad de recibir.—Reunion en casa de la señora de Disdier.—Presentacion de una señora estrangera.—Grave disgusto entre dos señoras.—No corrió sangre.*)

Muchas personas, muchas distinguidas señoras, oyen llamar á la puerta de su casa y poco despues, la campanilla que anuncia visita. Sinó reciben, sigue el repique con algunas interrupciones, si recibe; la primera que entra la pone al corriente sobre el motivo de tanta visita espresándose, poco mas ó menos, en los siguientes términos:

—Vaya muger qué tal estuvo anoche el baile que diste? Me han dicho que brillantisimo. Ya se vé, como ahora te has olvidado de mí;—y sigue una serie de quejas que la señora oye como penitencia al pecado de haber sido la noche anterior demasiado condescendiente.

Despues de esta visita viene otra y otra y otra espresándose todas en el mismo sentido.

No sirve que la señora les diga que ha sido en familia, que se ha pensado en cinco minutos. Nada; todo es inútil.

Pues se le ocurre á la mencionada señora ir á dar un paseo. Su amiga Cármen apenas la saluda; está *resentida*. D.^a Ana, antigua visita de su casa, vuelve la cabeza á otro lado; está *resentida*. El Excmo. señor don Fulano, la saluda gravemente; está *resentido*. El pollo X ya no se hace una & para saludarla; está tambien *resentido*, J... ¿hemos de llamar sólida una sociedad que se *resiente* con tanta facilidad?

Comprendemos perfectamente que el injusto agravio merezca justo castigo. Pero de esto, que rarísimamente se efectua en la buena sociedad, á el extremo en que se ha llevado en Málaga la costumbre de *picarse* por nada, como el mal paño, hay un abismo.

Jamás olvidariamos nosotros la falta intencionada de un saludo, y nos seria de todo punto indiferente, la involuntaria. No existe desaire en *hechos*; todo desaire está en la intencion. Nosotros hemos visto al embajador de Turquía quedarse con el *fez* en la cabeza en un baile de corte. Descubrirse ante el monarca hubiera sido una falta.

La mayor parte de los disgustos sociales, depende, pues, de que se ignora el motivo de la incomodidad.

La señora de A oye decir que anoche la señora de B dió un baile, y quien mas se lo pondera es doña C á quien la señora de A es antipática. Pues la señora de B sin meterse en mas ni saber bajo qué condiciones se tió el baile ni aun sin averiguar siquiera que haya tenido lugar, se indispona con la señora de A porque no la ha convidado.

Triste es en verdad esta situacion que todas las personas sensatas deben ayudarnos á combatir sino quieren verse privadas este año de frecuentar los salones de nuestra buena sociedad.

Hay reuniones de reuniones, bailes de bailes y *soirées* de *soirées*.

En Málaga tal vez á causa de los niques y los

resentimientos, se ha establecido un modo de recibir bastante original.

A la señora de X... por ejemplo, dirige la señorita de Y... una carta concebida en estos términos:

«Mi complaciente amiga: no salga Vd. esta noche, pues si nos lo permite, la pasaremos en su agradable compañía. Iremos diez ó doce amigas; no se tome Vd. la menor molestia para recibirnos; basta un reverbero sobre la mesa de la sala y cinco ó seis vasos de agua sobre la del comedor. Suya etc.—Y.»

Ya se comprende que, salvo motivos especiales, la contestacion no puede ser mas que esta:

«Mi querida Y.—¿Si sabes que mi casa lo es tuya, porqué me pides permiso para lo que no lo necesitas?»

«Nunca mi sala podria favorecerse tanto como puesta á tu disposicion. No olvidaré lo del reverbero y lo de los vasos de aguas. Pero como concepto que por mucha que sea mi voluntad no llena el deseo de animar en lo mas minimo tan deseada visita, encargo á mi hijo que vea, tambien, á algunos de sus amigos y podreis bailar un rato si lo destemplado del piano y lo reducido de mi casa no se opone á ello. Tuya etc.—X.»

«P. D.—Que vengan Ws. temprano.»

Como se adivina al instante las señoritas son algo mas de doce, el hijo de la señora encuentra tambien por la calle mas de veinte muchachos amigos, los vasos de agua se convierten en tazas de *thé*, y el reverbero, que estorba encima de la mesa, es sustituido por velas. Una vez en baile, este se prolonga hasta las doce, la una ó las dos. Y, sin embargo de esto, preguntamos nosotros.—¿Es razonable que los amigos de la señora de X... se resientan porque ella no les haya invitado cuando puede decirse que ha sido ella la invitada!—¿No está uno en el derecho de ceder su casa á quien le place? El disgusto podria tener fundamento cuando la señora de X... hubiese dado un baile ella misma; cuando hubiera convidado á unos y no á otros, y ni aun así seria justo, pues la señora que tuviese cien visitas y no pudiera recibir mas que cincuenta, se veria obligada á no dar reuniones, lo que es absurdo. Debe sí, en este caso turnar en sus relaciones y tal sistema, por el cual nadie queda disgustado, y que han seguido ya varias señoras, entre las cuales la dignísima del señor don Gaspar Diaz Zafra, en las representaciones dramáticas de que con tanto gusto nos hemos ocupado otras veces, es el mejor.

—Todo eso está muy bien—puede decirsenos—pero ¿aprueba Vd. lo de ceder la casa recibiendo al mismo tiempo su dueña?

—Ni lo aprobamos ni lo desaprobamos. Lo que sí nos atrevemos á afirmar, desde luego, es que no se hubiera llegado á tal extremo, si una gran parte de la sociedad que hoy, tal vez con justicia, rechaza ese sistema de reuniones, no hubiera injustamente hecho nacer tal pensamiento en la juventud, deseosa de cultos pasatiempos, á fuerza de quisquillas, resentimientos y críticas.

Esa clase de reuniones cesarán desde el momento en que se deje completa y verdadera libertad de recibir.

Pero si por quejas infundadas, y mas infundados

disgustos, se nos cierran las puertas de los salones nos entraremos por los postigos y hasta si es menester, por las ventanas.

Y casi por asalto se ha obtenido la reunion celebrada con tanta animacion la otra noche en casa de don Federico Disdier, donde los asistentes tuvieron el gusto de saludar una nueva flor cultivada algunos años en un convento de Paris y trasplantada al férax y risueño suelo de Andalucia, donde vió la luz.

Todos los concurrentes de ambos sexos vestian enteramente de visita y la reunion no tenia mas carácter que el de una *soirée* de la mayor confianza.

Las señoritas de la casa eran las encargadas de llenar los deberes del recibimiento y ni una sola distraccion pudiera haber notado en ellas el mas exigente en materia de atenciones sociales.

Habiendo preguntado uno de los asistentes á la señorita dona Julia Disdier si algun pensamiento ocupaba con preferencia su mente, pues le parecia algo preocupada.

—Sí,—respondió con la mas encantadora de las sonrisas.—Me preocupa el pensamiento de no llenar como desearia la difícil mision que se me ha confiado.

¿Puede darse mas oportuna y delicada respuesta?

La verdadera novedad de este baile improvisado, fué la presentacion, en los salones, de una señora estrangera.

Baila perfectamente y no descansa un solo instante. Conócese que viene de un país tan frio como es la Rusia. La *polka* es su pasion.

Dicha señora es de formas elegantes y no dudamos que será admitida este invierno en todos los salones.

La señora de la casa, que no perdía ni un solo momento de vista la alta direccion, por decirlo así, multiplicóse, lo mismo que el señor de Disdier, en atenciones á cual mas esquisitas.

Un espléndido *thé* fué servido á media noche, y un brillante *cotillon* de dos horas, con paréntesis de una música que vagaba por la Alameda, dió término á la reunion.

Cuantos salieron entonces de tan aromatizados salones, se hallaron con una luna magnífica, un cielo sereno, una noche de primavera. Todo esto era encantador, pero...

Hemos dicho que nada faltó en dicha *soirée* para hacerla una de las mas agradables; hubo sin embargo, un pequeño disgusto entre dos señores motivado porque algunas señoritas los habian acogido ó rechazado.

Nos referimos á los señores don Peinado Alto y don Peinado Bajo. Disgustábase al primero ver la buena acogida hecha al segundo, y al segundo, que estuviese todavia el primero en tan alta posicion. Las señoritas, temiendo que al salir á la calle hubiese algun disgusto grave, echaron un velo sobre la cuestion, cubriéndose la cabeza, y todo quedó así.

La Direccion.

DON JUAN TENORIO.

La compañía del Cervantes se resigna á hacer esta noche el *D. Juan Tenorio*, del inmortal Zorrilla, drama fantástico-religioso.

Lo que tenga el mencionado drama de religioso que nos lo claven en la frente sin temor de pincharnos.

A esto se nos dirá que la escena representa un cementerio. ¡Ojalá y lo representase todo el teatro por su soledad y silencio!

La empresa ha decidido dar fuera de abono la función de esta noche. Ha hecho muy bien pues la mayor parte del abono, sobre todo de los palcos, estaba dispuesta á no asistir.

Los que concurren esta noche al teatro deben ser muy felices. No deben haber perdido ni padre, ni madre, ni hijos, ni hermanos, ni esposas, ni amigos.

En cuanto á la empresa que ofrece este cuadro de animación y vida, á la soledad y á la muerte; en cuanto á la empresa que hará oír á los espectadores del Cervantes las inmorales hazanas de don Juan Tenorio y al mismo tiempo el doble de las campanas en las iglesias de la población, tenemos que dirigirle un severo cargo.

Nosotros hubiéramos deseado que tanto hoy como mañana, hubiese dado *Pascual Bailon*, *El club de las Magdalenas* y *El Proceso del can-can*.

De ese modo la guerra entre el descreimiento y la religion, entre la pública alegría de los vivos y la memoria de los muertos, entre el teatro y la iglesia, hubiera sido franca y, hasta cierto punto, leal.

Pero eso de engañar á los ingenuos haciéndoles concebir que es lo mismo ir á ver *D. Juan Tenorio* que asistir á unos funerales; eso de revestir la esperanza del lucro con el manto de la religion, demuestra un escepticismo, una ironía tal, que jamás la hubiéramos imaginado y que aun hoy mismo creemos ilusoria.

Dícese vulgarmente que el *D. Juan Tenorio* es la función *ad hoc* para ese día.

¡La función *ad hoc*! ¿Con que es preciso divertirse siempre y enganarnos mutuamente, ó echar tierra en los ojos á la verdad y á los buenos sentimientos?

¡Ah, no lo creemos. Y por nuestra parte, que tanto amamos los placeres y los atractivos de la buena sociedad, sentiríamos un profundísimo dolor en asistir hoy, lo mismo que mañana, á ninguna clase de espectáculo aunque solo pudiéramos verlo una vez y en esos días, durante toda nuestra existencia.

Y obramos así, no solamente por un respecto público sino porque nuestro corazón no puede gozar en días de tristeza, porque quiere que algun día puedan dedicarle los vivos ese recuerdo y ese sentimiento que hoy él dedica á los muertos.

Y con este cumplimiento de nuestras espontáneas obligaciones, creednos lo que lo ignorais, se goza despues mucho mas y con plena satisfaccion; porque, por mas que se diga, la falta de cumplimiento en los sagrados deberes del alma, puede hacer reir por el momento, pero deja siempre velada la conciencia, para los verdaderos goces de la vida.

La Direccion.

APUNTES TEATRALES.

Tal vez á consecuencia de lo que dije en el número anterior con respecto á los cuatro árboles del segundo acto de la *Hija de la Providencia* el director de escena los mandó cortar de raíz. No yo, sino el buen gusto, le dá las mas espresivas gracias.

* * *

Y, ya que hablo de la *Hija de la Providencia*, ¿por qué *D. César de Bazan*, caballero calatravo, ostenta en su pecho la cruz de Santiago en vez de la de Calatrava?

* * *

La zarzuela *El Juramento* ha sido una de las que mas han satisfecho al público del Cervantes.

* * *

—Te gusta el verso de esta obra?

—Espera que entre toda la concurrencia y empiece á oír algo.

* * *

Los diamantes de la corona eran falsos, es decir malos; pero como la producción es buena y salió bien interpretada, agradó mucho. Ya ven ustedes que sino siempre todo lo bueno es bueno, tampoco no siempre todo lo malo es malo.

* * *

Voy á pedir una cosa natural y lógica:

¿No podría ponerse en escena *El último figurín*?

A que no lo dan por ahora.

Voy á pedir una cosa exagerada, un disparate.

¿No podría ponerse en escena *El carbonero de Subiza*?

A que lo ponen enseguida.

* * *

El miércoles probablemente tendrá lugar la primera representación de *Sueños de oro*.

* * *

Bien por el señor Gimeno en *Los diamantes de la corona*.

* * *

La señorita Franco se vé seis días en su palco y uno en el escénico.

Esto no es justo. Mucho satisface verla; pero agrada mas oirla.

A. 3.

UN POCO DE TODO.

Figuras de cera.

Para que todas las clases sociales puedan ver la galería de figuras de cera hospedada en los salones

de Lope de Vega se ha puesto á REAL la entrada. Esto indica tambien que están de marcha. A verlas pues.

Teatro Principal.

Anoche debió inaugurar este teatro la temporada cómica. Si como hemos oído asegurar, funciona hoy y mañana, aplíquese lo que hemos dicho al Cervantes en el artículo *D. Juan Tenorio*. Procuraremos ocuparnos en breve de la compañía.

La estatua de la Justicia

sigue á oscuras.

¿Y porqué?

En este punto nos hallamos nosotros como la estatua.

PASATIEMPOS.

Soluciones

á los pasatiempos insertos en el número anterior.

A la *primer charada*

AL-DE-A.

A la *segunda*

MO-ZÁ-RA-BE.

Los nombres contenidos en el *tablero de damas* son

TURISMUNDO—AMALARICO—TEUDIS.

Nos han favorecido con soluciones: (A la *primer charada*.) *Un maestro de escuela que no recibe la paga, etc. etc.*—Rosa.—D. Eugenio Carrera.—La Srta. D.^a Elisa G. de A.—(Al *tablero*): La Srta. D.^a Josefa O.—*Una aficionada á enigmas.*

No hemos recibido ninguna solución á la *segunda charada*.

Charadas.

Si *prima* y *segunda* un hombre
no se eche nunca al *tercera*;
que en tal estado, pudiera
vestir el todo despues.

H. N.



Ves que tengo *tercia* y *s*
y que un *primera* con *a*
á morir voy por tus celos,
y siempre celos me das.
¿Es que tú, por mi desgracia,
ahora *segunda* con *das*
tu dicha en verme hecho todo?
Pues sigue así, y me verás.

Un amante desdeñado.

Tablero de damas.

Fórmese con las siguientes letras una frase que se relacione con el sagrado emblema de la cruz y el día de los difuntos.

			O	D	O			
			T	O	T			
			O	D	O			
R	R	R	A	A	A	R	R	R
J	R	R	A	A	A	R	R	B
N	M	M	A	A	A	M	M	N
			I	I	I			
			C	I	C			
			P	P	P			
			L	L	L			
			S	S	S			
			E	E	E			
			E	E	E			
			E	E	E			
			E	*	E			

Correspondencia.

DE LA DIRECCION.

Sr. D. T. de A.—Madrid.—Recibida su carta 22 del pasado. Muchas gracias por los *Epigramas* con que el del Sr. D. G. P. y V. nos favorece. Como no dudábamos, son del mejor género y tendremos mucho gusto en insertarlos. Esperamos con deseos el libro de poesías prometido. Nuestro mayor placer será ocuparnos de ellas. Remitiremos los números que desea á la direccion que nos indica.

Sr. D. J. J. P. y T.—Baeza.—Es en nuestro poder su deseada 17 octubre. ¡Ojalá y se cumpla pronto lo que en ella promete!

A *Diego* y *José*.—Málaga.—Serán publicadas.

Sr. D. R. de la G.—Valencia.—Le contestamos por correo.

Sr. Administrador de *La Revista histórica latina*.—Id. id.

Sr. D. A. J. P.—Granada.—Recibida targeta postal. ¿Hay algo de nuevo?

Sr. D. E. C.—Málaga.—Gracias por su interesante Logogrifo. Se insertará.

Correo de Andalucía.